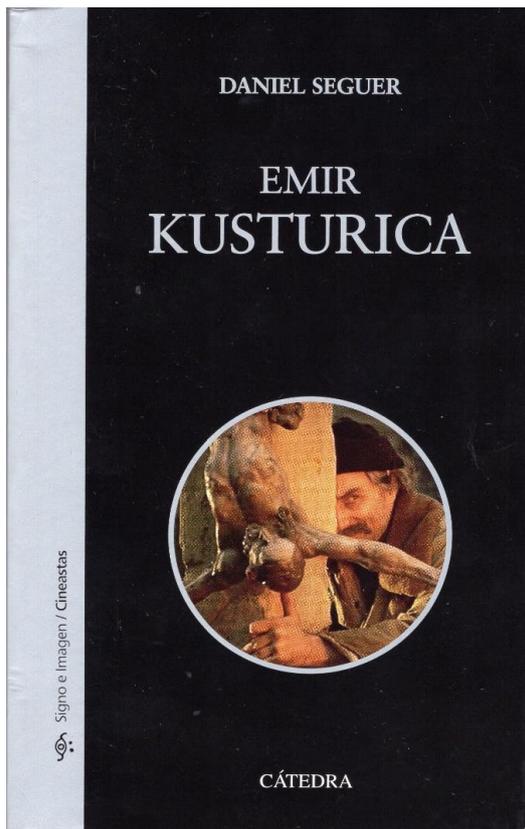


BOOK REVIEWS



Emir Kusturica de Daniel Seguer

Por FRANCESC SÁNCHEZ
BARBA

No suelo reseñar libros y, todavía en menor medida, hacerlo de investigadores cuyas afinidades se alejen de mis propios intereses. En el caso que nos ocupa, debo reconocer mi directa vinculación con el autor por nuestra común tarea en el Centre d'Investigacions Film-Història, alrededor del liderazgo y la óptica del catedrático Josep Maria Caparrós que, a lo largo de su dilatada carrera, apostó abiertamente por estrechar los vínculos con investigadores de la Europa central y del Este. Daniel Seguer, además de su actividad como escritor, periodista y creador-productor audiovisual, siempre fue considerado en nuestro grupo investigador como nuestro “hombre en... Sarajevo, Belgrado...” en fin,

como una especie de cronista de todo lo que acontecía en los Balcanes, imagino que tras la irrupción política del proceso de disolución de la Yugoslavia postTito y de, casi con seguridad, del interés por algunos artistas (escritores, de lo plástico, la escena o de lo cinematográfico como Emir Kusturica).

Esos asuntos de la filiación y de los intereses los traigo a colación porque, opino modestamente que, encarar la tarea de acercarse al director “yugoslavo” solo puede hacerse desde un abordaje mucho más amplio que el que puede provenir de la crítica y de la historia cinematográfica porque, como se recuerda en el prólogo del libro (y en la contraportada que ha de orientar al posible lector) nos hallamos frente a un artista que se sumerge en campos como la literatura, la ópera, la arquitectura, la música, la publicidad o los proyectos culturales que impactan de alguna manera sobre territorios como Visegrad, en la Bosnia de predominio serbio o el cine al que se acerca desde la realización, la interpretación, la publicidad, en los cortometrajes y largometrajes pero también en lo ficcional y lo no ficcional, dialogando con importantes figuras del mundo iberoamericano como Diego Armando Maradona y Pepe Mujica.

No estamos ante un libro de encargo sino frente a una laboriosa tarea de seguimiento en tiempo real de producciones, apariciones en festivales, televisiones y canales, artículos de prensa, conciertos y montones de declaraciones y ocultaciones que no pocos observadores acercan a personalidades polifacéticas como Orson Welles (realizando trabajos de encargo para sufragar proyectos mucho más personales).

Daniel Seguer ha conseguido, a mi entender, adecuar su trabajo de años a un modelo bien definido e implantado en la colección *Signo e Imagen / Cineastas*, añadiendo una arriesgada

pero necesaria aproximación a cuestiones más propias de la Filosofía (con la Ética y la Estética como materias destacadas), la Literatura y la Mitología, la Economía tras el fin de los bloques y la Historia y el quehacer historiográfico y su impacto e incluso manipulación en campos como la Política y la Comunicación y el Pensamiento. Todo ello atendiendo a nuevos centros de poder y a fenómenos-simulacros que complican el análisis de esa realidad, cada vez más inaprehensible, sin olvidar cuestiones como la etnicidad y la multiculturalidad en la época de la globalización.

Con todo, el lector puede sentirse tranquilo puesto que, como comentaba respecto a la adecuación del patrón de la colección, en *Érase una vez un cineasta...* (pp. 25-68) se asegura un acercamiento más que convincente a la figura del cineasta: extrayendo lo más notable de las numerosas fuentes citadas en la última parte del volumen y de su seguimiento y recogida de datos - impresiones y experiencias más personales, anotando datos biográficos relevantes sobre los que transitan, igualmente, las diferentes probaturas y experimentaciones, creaciones y temáticas recurrentes y proyectos (algunos como la adaptación de *Un puente sobre el Drina* del Premio Nobel de Literatura Ivo Andrić aparcados una y otra vez). La idiosincrasia, y quizás la cosmovisión del realizador, no puede desligarse de su peripecia profesional itinerante ni tampoco de su compromiso personal y político no exento de ataques que desbordan lo meramente creativo y estético.

El tratamiento específico de los 14 largometrajes realizados entre 1978 y 2018 tiene su sección (pp. 69-148) con el epígrafe *Peldaños fílmicos de la puesta en escena* donde se desgranar no pocas peculiaridades, obsesiones, citas y homenajes y simbolismos utilizados

aunque sorprende el atinado relato de los elementos simbólicos que remiten, por un lado a claves religiosas, étnicas o nacionales pero, por otro, a un creador de imágenes, cuadros y situaciones que pueden o no aglutinarse como estilemas o trazos definatorios del estilo. En esta sección se pueden reconocer los equipos técnicos y colaboradores que han alimentado también su obra.

Seis capítulos más se engarzan con probables conexiones por parejas con otros tantos desafíos que, opino, elevan este estudio a la categoría de diálogo, más allá del análisis crítico: cuestiones antropológicas-sociológicas esenciales son planteadas en *La familia o Sísifo encadenado* (pp. 149-164) y *La comunidad gitana: notas itinerantes* (pp. 165-180) en las que instituciones esenciales como los vínculos del parentesco, los aspectos etnográficos, la amistad, la sexualidad y el amor o los mitos e identidades son radiografiados a la luz de la producción del director con una puesta en escena a menudo operística con personajes que celebran la vida (o se despiden de ella) con el Eros y el Tánatos en permanente diálogo y no pocas reminiscencias mitológicas a veces desgranadas en la composición de los planos y la posición de la cámara que se distancia o acerca a los objetos y a los lugares de la acción.

Un segundo bloque, especialmente notable y complejo, aplica una cuidadosa metodología necesaria en el tratamiento de las fuentes conectadas con la Historia y con la memoria histórica para acercarnos al tablero de los Balcanes desde la década de los 70 hasta la actualidad haciendo emerger claroscuros y contradicciones en las guerras y tensiones que conmocionan al mundo entre 1992 y 1995, con sucesivos episodios que conllevan la intervención de las potencias, especialmente a través de la

OTAN. Es por ello por lo que *El pasado, un terreno resbaladizo* (pp. 181-210) y *El futuro, ¿Un naufragio previsible?* (211-244) se ocupan de esos contextos que afectan al entorno personal, familiar y colectivo de Emir Kusturica. Agradecemos especialmente la profusión de notas a pie de página que amplían y documentan no pocas polémicas y posicionamientos de historiadores, periodistas y personas de la cultura. En más de una ocasión, Daniel Seguer opina o contradice, de manera decidida, a autores reputados como H.M. Enzensberger lo que es realmente destacable. Los nuevos centros de poder y la situación a menudo dominante de la Unión Europea son radiografiados especialmente en su impacto en ese elenco de países que han de orbitar e integrarse en una situación compleja en las últimas décadas con no pocos problemas geoestratégicos en una zona siempre amenazada e influenciada por diferentes intereses. Agradecemos aquí el papel de guía del autor que ejemplifica no sólo una excelente documentación sino una implicación como investigador: manejando fuentes no siempre oficiales y apoyándose en reflexiones importantes apadrinadas por pensadores como Baudrillard, Deleuze, Fukuyama o Jameson, entre muchos otros.

Ya en un plano mucho más cercano a la Comunicación Audiovisual o a la Historia del Arte podemos disfrutar algo más de la discusión y crítica no sólo estética o cultural en los capítulos *Del kitsch a la posmodernidad* (pp. 245-282) y *¡Música, maestro! The No Smoking Orchestra* (pp. 283-300) que nos conducirán al epílogo (*Un puente hacia una ensoñación ermitaña*, pp. 301-306). Sin duda, la obra del director de Sarajevo es un menú de lo más atractivo para degustar las mixturas, mestizajes y desafíos de un mundo cambiante que, además

apuesta/resiste frente a un consumo de objetos seriados de utilización y significado a menudo relacionado con lo vicario (el “postureo”, la pulsión posesiva o las marcas de estatus) que además se multiplica en redes compartidas que crecen de manera exponencial con la imagen y la venta asociada como dominantes. Las pesadillas, distópicas o postcomunistas, son parte esencial de esos debates en los que Kusturica, a menudo defensor de espacios multiculturales locales frente al rasero homogeneizante y transnacional, se sumerge.

Entrevistado en 1999, el cineasta afirmaba que sus films constituían un puente entre la tradición y la modernidad, aunque, como afirma el autor del libro, se recurra a menudo al pastiche que “circula a su libre albedrío en su filmografía”. Para hacernos una idea de la compleja y numerosa presencia de elementos que se hayan en la obra del director se enumeran: “trazas de realismo mágico sudamericano, surrealismo onírico, la pintura de Marc Chagall, el escepticismo y humor checo, *slapstick* estadounidense, letanía temporal a lomos de *spaghetti western*, folclore balcánico, antropología gitana, musicalidad autóctona y extranjera y huellas de algunos maestros cinematográficos” (pág. 269).

Las últimas páginas del libro se dedican a glosar las producciones y apariciones de Emir Kusturica en los diferentes campos y a dar cuenta de la literatura e imágenes que su figura ha generado. Destacamos unas referencias pormenorizadas a cada uno de sus films, pero también una bibliografía especializada en la Historia de los Balcanes u obras del pensamiento que son fundamentales para tejer un análisis de una obra polifacética y, pese a todo, comprometida con su tierra natal pero también con el tiempo que le ha tocado vivir.

Dicho sea de paso, hay que aplaudir, una vez más, el acierto y la significación de esta colección de cine sobre algunos de los directores más importantes del siglo XX que también se prolongan en estas primeras décadas del XXI. Anoto aquí, la necesaria aparición de más directoras cuya nómina es demasiado breve (Agnès Varda, por citar un ejemplo de una monografía que esperamos leer pronto). En ese sentido consignamos que el número 123 de la colección se dedica a Icíar Bollaín. ¡Otra buena noticia que se añade a esta nueva aportación, más que imprescindible de Daniel Seguer!, cuya oculta personalidad se desliza también en *Indeleble vehemencia*, el personalísimo prólogo que, como el preámbulo dice mucho de su precisa e irónica pluma. En este sentido, reseño, en el diseño de esta colección presentar a los autores no forma parte de sus señas de identidad: es una opción, la compartamos o no, aunque sí es cierto que ese preámbulo suministra algunas informaciones sobre el camino que puso al escritor tras las huellas del inabarcable Emir Kusturica.

Seguer, Daniel, *Emir Kusturica*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2021. Colección Signo e Imagen / Cineastas, núm. 125, 368 páginas.

